

Hacia una «estética de la lectura»*

Flora Salveti

Escritora italiana

«**L**os libros han sido mis pájaros y mis nidos, mis animales, mi cuadra y mi campo. Mi colección de libros era el mundo encerrado en el espejo; la misma infinita profundidad, la total variedad, lo imprevisible...» Así escribía Sartre en su libro *Las palabras*, evocando su niñez para remontarse hasta los orígenes de su propia escritura, herida por el abandono primordial de la vida. ¿Y que es lo que halló el intelectual francés en los libros que iba leyendo, encerrado en su habitación, cuando sólo era un niño, feo y aislado, amedrentado por dos mujeres y un viejo abuelo?

Quizás podría plantearse esta misma pregunta a todo aquel escritor que haya tenido que adentrarse en las palabras escritas por otros para enamorarse del fenómeno de la escritura. Suerte, aventura..., algo que sólo ocurre entre el lector y el autor, algo que surge entre unos ojos que leen y unas palabras escritas creativamente. ¿Qué secretos puede ocultarse en un texto, cuando resulta tan evidente su trama o tan lineal su argumentación, o cuando hay tanta gente que lee y lee sin que nada les ocurra? ¿Qué misterio se esconde entre las palabras, cuando es tan fácil abusar de ellas sin ningún pudor? ¿Qué viento sopla todavía entre las líneas de tanto libro envejecido en nuestras bibliotecas, un soplo que orea el olor a moho para recuperar la fragancia de la imaginación pura? ¿Quién nos estará espiando por detrás de esos signos ya viejos, que por demasiado familiares nos resultan banales y consabidos?

Encerrado en su habitación de niño, las frases que Sartre leía brotaban ante sus ojos como

«verdaderos ciempiés que proferían sílabas y letras, prolongaban los diptongos, hacían vibrar las dobles consonantes, melodiosas, nasales, distanciadas por pausas y suspiros, y parecían tan embebidas en sí mismas y en sus arabescos que se olvidaban de mí. A veces desaparecían sin que yo las hubiera comprendido, y cuando otras veces las había entendido, seguían ellas desenvolviéndose con nobleza hacia su desenlace, sin permitirme ni una sola coma...»

Ésta es, en efecto, la lucha, a veces muy dura, que se establece entre el lector y un texto escrito. Esa clase de frustración a que se expone quien intuye que la lectura no es transitar por una tierra sin sombras, ni navegar por aguas transparentes, ni simplemente entender la concatenación de un argumento o llegar a conclusiones conocidas de antemano.

Otro filósofo francés, Paul Ricoeur, hermenéuta, fenomenólogo y existencialista, ha examinado también muchas veces este problema de la relación entre el lector y su texto. Y en sus reflexiones pueden hallarse sugerencias muy válidas para la formulación de una «estética de la lectura», que en nuestro tiempo necesitamos con urgencia. No se trata tanto de formular un nuevo método, ni establecer cánones para controlar la lectura, que es uno de los pocos ámbitos de libertad de que dispone el hombre de hoy. Una «estética de la lectura» debe comenzar dudando sobre sí misma, habida cuenta de lo imprevisible e incontrastable del acto de leer. Siguiendo a Paul Ricoeur, sobre todo en su obra *La crítica y la convicción*, podríamos resaltar las

siguientes ideas para fundamentar esa posible estética.

El signo lingüístico, sobre todo en la prosa narrativa, ofrece dos aspectos distintos, aunque no separables del todo. Por una parte, el signo aparece como un elemento independiente de la cosa significada, y se construye dentro de una intertextualidad; pero, por otra parte, el signo «señala» algo y esta función le hace recuperar la distancia (o «exilio») padecida en su primera fase constitutiva. O, dicho de otro modo, en la lectura hay que saber captar el lenguaje en su dimensión originaria como un conjunto de signos (discurso narrativo) válido en sí mismo, todavía sin su relación a la realidad. En esta fase el lenguaje se afirma a sí mismo, celebra su naturaleza en la medida en que se desencarna, y con ello excede totalmente la experiencia de la vida real... Pero, este acontecimiento absoluto significaría la muerte del lenguaje si no contuviera en sí mismo un «significado» y hasta una «intención». Ahora bien, gracias a este su esencial proceso de separación y de retorno al universo real, el lenguaje muestra su naturaleza «abierta», capaz de adaptarse a todos los mundos posibles.

Y, siempre según Ricoeur, el lector es quien media entre estos dos momentos del lenguaje, realizando así el llamado «círculo hermenéutico» de la interpretación. El lector, al transitar desde el primer aspecto del lenguaje al segundo, hace de su actividad sobre el texto un acto de «creación», destituyéndolo, reelaborándolo, reorganizándolo, enriqueciéndolo y transformándolo. Todas estas metamorfosis convierten el acto de leer en un acontecimiento de gran poder estético, ya que el lenguaje va descubriendo al lector las posibilidades universales que sus signos engloban. Ésta sería, pues, el primer elemento de una «estética de la lectura»: el acto de leer entendido como creación, a través de esa reconfiguración personal del mundo. Leer es en efecto crear. Y, aunque los dos términos parecen contraponerse, ya que el primero implica una pasividad y el segundo una originalidad evidente, sin embargo, la «estética de la lectura» nacería de esta paradoja, y de otras paradojas seguirá alimentándose a lo largo de su itinerario.

Este proceso estético que ahora se propone, lejos de amenazar la libertad del lector, la potencia y la refuerza. Ya que el lector se está creando a sí mismo al estar recreando el texto, gracias a

esa relación privilegiada con el lenguaje. Ciertamente, el lector también sufre el tener que «exiliarse» de la realidad con el lenguaje, siguiendo sus virtuosismos lingüísticos, admirando sus combinaciones más geniales y admirando su inutilidad, hasta que no entra en el universo, de la realidad vital. También entonces, en ese retorno del lenguaje, vive el lector su lectura con mayor profundidad, la encarna, provocando una «resurrección» del texto, de su tiempo, de su significado, de su autor. De este modo, la experiencia de la lectura se convierte en una experiencia mística, en una comunicación meta-humana entre lo que es y lo que puede ser, entre el presente y el futuro del lector, entre el mundo en que vive y los mundos en que podría vivir, tras el horizonte del texto que está leyendo.

Para terminar estas sencillas reflexiones sobre una «estética de la lectura», podríamos añadir unas sugerencias de Daniel Pennac, tomadas de su libro *Como una novela*, donde reivindica el derecho que tienen los niños a leer en libertad, sin los condicionantes que suelen imponerles los mayores.

El hombre construye casas porque está vivo, pero escribe libros porque se sabe mortal. Vive en grupos porque es gregario, pero lee porque se sabe solo. La lectura es para él una compañía que no sustituye a ninguna otra, pero que ninguna otra podría reemplazar. No le ofrece ninguna explicación de su destino, pero va tejiendo una tupida red de connivencias entre la vida y él. Pequeñísimas, secretas connivencias que expresan la paradójica felicidad de vivir, en el mismo instante en que descubren el absurdo trágico de la vida. Por ello nuestras razones para leer son tan extrañas como nuestras razones para vivir. Y nadie está autorizado a pedirnos cuenta de esa nuestra intimidad.

* N. R.: Como ampliación de lo sugerido en el artículo anterior, acerca del valor creativo del acto de leer, ofrecemos este artículo enviado espontáneamente a esta redacción por la escritora italiana Flora Salvetti.